

Descartes (1) resucitó el pirronismo y abrió las catarratas del diluvio de la filosofía moderna. La única verdad, en su concepto, consiste en su famoso argumento, *yo pienso, luego yo existo*. Admitía las ideas innatas, y la existencia de la materia. Explicaba la acción del alma sobre el cuerpo con arreglo á los principios de Platon (2), y en la física es bien conocido su sistema de los torbellinos.

Leibnitz publicó su sistema de las *Mónadas* (unidades) con cuya palabra quiso dar á entender una simple sustancia sin partes, pero que siendo diversa en sus propiedades y relaciones, hace que de sus diversas combinaciones aparentes resulten otras muchas en la unidad. Ese sistema tiene en cierto modo alguna analogía con los *Números* de Pitágoras y las *Ideas* de Platon. Leibnitz (3) es el autor del cálculo diferencial (4).

Espinosa (5) es la imagen del ateo por excelencia. Admite una sustancia universal que contiene en sí misma todos los principios de modificación: esa sustancia es Dios. De manera que todo viene de Dios: el muerto y el moribundo, el rico y el pobre, el que sonríe y el que llora, la tierra, los astros, todo pasa y existe en Dios (6).

Locke (7) dejó en su tratado *On human understanding* uno de los más hermosos monumentos del talento del hombre. Sabido es que destruye las ideas innatas; que explica la naturaleza de esas ideas derivándolas de dos fuentes: la reflexión y la sensación (8).

Grocio (9) después de Maquiavelo, Mariana y Bodin (10) fue uno de los primeros que hizo revivir en Europa la política. Su libro *De Jure Belli, et pacis* carece de método y no se contiene en el límite que su título indica. Además todo él estriba en un principio dudoso: la sociabilidad del hombre (a); pero no pueden negársele rasgos de talento y erudición.

Puffendorf (11) desplegó menos talento que Grocio en su tratado *De Jure Naturæ et Gentium*; pero es más instructivo por el excelente plan de la obra. Llegase de la moral á la política (único camino para llegar á la verdad) considerando al hombre en sus relaciones con Dios, consigo mismo y con sus semejantes.

El universal escepticismo de Bayle (12), aparece claramente en sus escritos, pues destruye todos los sistemas conocidos, sin proponer ninguno nuevo (13). A pesar de eso merece con razón ser considerado como el más eminente dialéctico que en ningún tiempo ha existido.

Malebranche (14) dejó un nombre ilustre. Encuétranse en su *Indagación de la Verdad* las dos más extraordinarias opiniones que han cabido en la mente

(1) Nació en 1596 y murió en 1650.

(2) Vide *Princip. Phil., Medit., Phil.; De prima Phil.*

(3) Nació en 1646, vivió 53 años.

(4) Vid. *THEODICEA, Calculus differentialis*, etc. Un monumento literario algo más precioso que la correspondencia de los enciclopedistas es la de Newton, Clarke y Leibnitz por ejemplo, cuando este da parte al primero de su descubrimiento del cálculo diferencial y Newton consulta su opinión acerca de su *Teoría de las mareas*.

(5) Nació en 1652, murió en 1677.

(6) *Tractat. Theolog. Politic.; Orat. pro Chr., BAYL. SPIN.*

(7) Nació en 1652, murió en 1704.

(8) *Essay ou hum. underst.*

(9) Nació en 1583, murió en 1643.

(10) Sidney escribió de allí á poco tiempo. No hay que confundir este Sidney que escribió un excelente *Tratado de Gobierno* con otro Sidney, autor de la *Arcadia*.

(a) ¿Me propondría yo negar la sociabilidad del hombre? (N. ED.)

(11) Nació en 1651, murió en 1694.

(12) Nació en 1647, murió en 1706.

(13) *Dict. Resp. ad Provincial Quend.*

(14) Nació en 1658, vivió 77 años.

de un filósofo. Afirma que no es el pensamiento lo que produce el entendimiento, sino que este se deriva inmediatamente de Dios, y que el espíritu humano comunica directamente con la divinidad y en ella lo ve todo (15).

Muy difuso y ageno del propósito de esta obra sería recordar todos aquellos grandes hombres que al mismo tiempo empleaban con ardor su capacidad en el estudio de la *Historia natural*. Copérnico volvió á dar al universo su verdadero sistema (16) perdido desde Pitágoras; Galileo, inventó el telescopio, descubrió los satélites de Júpiter, el anillo de Saturno, etc. (17), y finalmente el inmortal Newton, indicó el camino de los cometas, vió el movimiento de todos los mundos, penetró en el principio de los colores, y, si así puede decirse, robó al mismo Dios el secreto de la naturaleza (18). Todos esos hombres ilustres precedieron á los enciclopedistas de los cuales me voy á ocupar en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXV.

ENCICLOPEDIAS (19).

Imposible sería entrar en detalles acerca de la filosofía de los enciclopedistas: la mayor parte de ellos han caído en el olvido sin dejar más recuerdo que la revolución francesa (20). Tampoco es fácil tratar de sus libros; ninguno de ellos ha explicado sistemas completos. Solamente vemos por muchas obras de Diderot que admitía el ateísmo puro fundándose en razones de mala ley (21). Voltaire se desentendió enteramente de la metafísica: no hizo más que reír, escribir hermosos versos y destilar inmoralidad. Los que vivieron en tiempos más inmediatos á los nuestros, no son tampoco mucho más fuertes en su modo de raciocinar. Helvecio escribió libros para niños, llenos de sofismas que el más ramplon estudiante podría refutar. Omito hablar de Condillac y de Mably, ni tampoco diré nada acerca de Juan Jacobo, ni Montesquieu, hombres de un temple superior á los enciclopedistas.

¿Cuál fue pues el espíritu de esa secta? La destrucción. Su objeto fue, destruir; su único argumento

(15) *Indagaciones de la verdad.*

(16) *De Orbium cælest. revol.*

(17) *VIVIANI, Vit Gal; Act. phil.; Sistema cosmicum.*

(18) *Philosophiæ naturalis principia mathematica*. No se sabe á cual de esos tres grandes hombres que acabo de citar, puede tributarse mayor admiración, al ver cual unos en pos de otros se van remontando de maravilla en maravilla. Débense á Galileo las importantes verdades de que el espacio recorrido en la caída de un cuerpo está en razón del cuadrado del tiempo, y que el movimiento de los proyectiles se verifica en sentido de una curva parabólica.

(19) Comprendo bajo esta denominación no solo á los verdaderos enciclopedistas, sino hasta los filósofos de nuestros tiempos.

(20) No fueron su única causa, pero si una de las más poderosas. No provino esta revolución de este ni de aquel hombre determinado, ni de este, ó aquel libro: trajéronla los acontecimientos: era inevitable, y esto es precisamente lo que muchos no quieren acabar de entender. Nació particularmente del progreso de la sociedad hacia las luces y hacia la corrupción, y por eso se notan en ella principios tan excelentes, y consecuencias tan aciagas. Los primeros se derivan de una teoría ilustrada; las segundas nacen de la corrupción de las costumbres. Ese es el verdadero motivo del desarrollo de crímenes ingeridos en un tronco filosófico, y esto es lo que he procurado demostrar en todo el curso de esta obra.

(21) No puede esto aplicarse á sus escritos en particular; pero si á su conjunto: en algunas de sus obras es deista. Cosa difícil es ser consecuente.

* No puedo olvidarme de mis queridas matemáticas. Por lo menos se ve que había leído antes de escribir. (N. ED.)

** Si algo bueno he escrito en mi vida es indudablemente esta nota. (N. ED.)

destruir. ¿Qué pensaban edificar sobre tantas ruinas? Nada. Impulsados por una especie de frenesí contra las instituciones de su país, que ciertamente no eran de las mejores, no pensaron, ó no se atrevieron á acometer la empresa verdaderamente útil y difícil, que es el construir: empresa que nos debe hacer mirar con recelo á los innovadores. Efecto es de la debilidad humana el que estando las verdades negativas al alcance de todo el mundo, no se revelen las razones positivas más que á los grandes hombres. Cualquiera estúpido os dirá una buena razón en contra de una cosa, pero nunca una en pro.

Proponiéndome hablar en el artículo del Cristianismo de los enciclopedistas, concluiré manifestando que aunque parezca que hablo demasiado severamente acerca de unos sabios, recomendables por muchos conceptos, no por eso dejo de hacer á su mérito la justicia que se merece. Pero dígame imparcialmente: ¿Qué produjeron? ¿Deberé apasionarme á su ateísmo? ¿Eran acaso Newton, Locke, Grocio y Bacon, espíritus débiles ó inferiores al autor de *Santiago el fatalista*, ó al de los *Cuentos de mi primo Vadé*? ¿Serían absolutamente ignorantes en materias de moral, física, metafísica y política? ¿J. J. Rousseau era un espíritu limitado? ¿Pues bien! Todos esos creyeron en el Dios de su patria, y todos predicaron religión y virtud. Otra reflexión desoladora puede también hacerse por otra parte: ¿Lo que los enciclopedistas manifestaban podrá creerse que fuese la opinión íntima de su conciencia? Tal es la vanidad de ciertos hombres, hasta tal punto son débiles, que muchas veces por solo el afán de una triste celebridad afirman lo que se hallan muy distantes de creer (a), sobre todo yo no sé si hay algún hombre que sepa con exactitud el verdadero rumbo que siguen sus pensamientos (b).

Antes de hablar de la influencia que los bellos ingenios del siglo de Alejandro y los del nuestro ejercieron, vamos á presentarlos en un grupo á los ojos del lector, escogiendo los más amables de entre ellos, para podernos formar una idea de sus obras y de su estilo, y pasar en seguida á la historia de sus costumbres: de este modo formaremos insensiblemente una pequeña historia completa de la filosofía, y de sus adeptos.

CAPITULO XXVI.

PLATON, FENELON, J. J. ROUSSEAU.—LA REPÚBLICA DE PLATON, EL TELÉMACO Y EL EMILIO.

Si las gracias del estilo, el calor de la imaginación y una incalificable expresión en lo místico y espiritual, parecida al modo de hablar de los ángeles, son las prendas que dan á un escritor el dictado de grande y sublime, Platon puede sin disputa alguna aspirar á ese título. Acaso su manera de decir se parecerá á la del virtuoso arzobispo de Cambrai más que al estilo de Juan Jacobo, pero la analogía entre este y el filósofo griego resalta más por la identidad del asunto que trataron. Vamos á presentar el magnífico grupo de esos tres admirables ingenios, en quienes se encierra todo cuanto hay de amable en la virtud, de grande en el talento y de sensible en el carácter de los hombres.

Platon, en su *República*, Fenelon, en su *Telémaco*, y Juan Jacobo en su *Emilio*, han presentado en su perfección el hombre moral y político.

El primero divide su *República* en tres clases (1): el pueblo ó los artesanos, los guerreros que defienden la patria, y los magistrados que la dirigen. La

(a) Ciertamente. ¿Podrá decirse que yo soy ateo? Millones de ejemplos podrían citarse de esa deplorable vanidad. (N. ED.)

(b) *Candidez cómica*. (N. ED.)

(1) *PLATON., de Rep.*, lib. II, pág. 293, etc.

educación del ciudadano principia desde la cuna. Sin duda sus tiernos padres se apresuran á velar sobre ella? Nada de eso. Transportado el recién nacido á un establecimiento público (2), va á nutrirse con la leche de otra madre: tal vez la suya propia estará sin conocerlo, dando el pecho junto á su cuna, á otro niño.

Así que el ciudadano empieza á entrar en la edad de la adolescencia tiene que invertir todas sus horas en el gimnasio.

El primer objeto en que han de fijarse sus miradas es en el pudor sin velos y allí han de perder las formas de la virgen su misterioso encanto, como una rosa en el polvo de la arena. Su mirada ha de familiarizarse con las gracias en su desnudez, y en su imaginación han de borrarse todos los incentivos de la belleza ideal. Privado de familia, tampoco le es dado tener una querida; y cuando la patria elegirá en su nombre una compañera, tendrá por lo regular que romper sus primeras relaciones para admitir en su lecho nupcial no á una doncella tímida y llena de pudor, sino á una esposa pública para la cual no hay castidad en los besos, ni misterios en el amor.

Si entre aquellos hijos comunes de la patria hay alguno que descollando por lo hermoso de su figura, ó por precoces indicios de talento da lugar á creer que con el tiempo será un grande hombre, se le da una educación aparte de los demás se le instruye en las ciencias, y se le facilita ocasión de distinguirse de la multitud combatiendo en defensa de la patria. A proporción que va avanzando en edad se le confieren los más importantes empleos y se le instruye en las causas secretas de la naturaleza, hasta que por último un filósofo le revela la existencia del ser infinito. De esta manera ha ido aprendiendo el modo de desprenderse de todos los afectos humanos, y como viajero en el mundo intelectual, despojado por decirlo así, de su terrestre cubierta, se asocia á la sabiduría divina, de la cual no es más que una mera sombra la humana. Por último cuando cincuenta años de estudios y meditaciones le han dado una naturaleza superior á la de sus semejantes, vuelve el ciudadano á descender á la tierra para ser uno de los magistrados de la patria.

Tal es el hombre político de Platon. El divino discípulo de Sócrates quería en el delirio de su virtud espiritualizar á los hijos de la tierra, y para hacerlos semejantes á Dios, principiaba oprimiendo al pueblo, creando un cuerpo de genizaros, instituyendo legisladores metafísicos y despojando á los ciudadanos de la piedad de padre, y del amor conyugal, que la naturaleza ha concedido hasta á los mismos tigres que vagan por los desiertos. ¡Comunidad de hijos! ¡Oh blasfemia filosófica! Mil veces más feliz, es en comparación de la mujer de semejante república la triste pordiosera que va en nuestras ciudades mendigando un pedazo de pan de puerta en puerta sosteniendo en sus brazos al hijo de sus entrañas. La sociedad harto cruel la rechaza de su seno; pero la providencial naturaleza la recibe en sus brazos: seguro es que no sentirá la inclemencia del invierno, si entre sus harapos encuentra alguno bastante grande para abrigar al fruto de su corazón. Hasta del hambre que la devora la vereis olvidarse si en su estenuado pecho encuentra sustento para el hijo querido, para aquel tierno niño que con su inocente sonrisa le hace perder la memoria de la miseria que la abruma, y con sus angelicales caricias la recompensa del horrendo abandono á que una sociedad tal vez injusta la ha condenado (3).

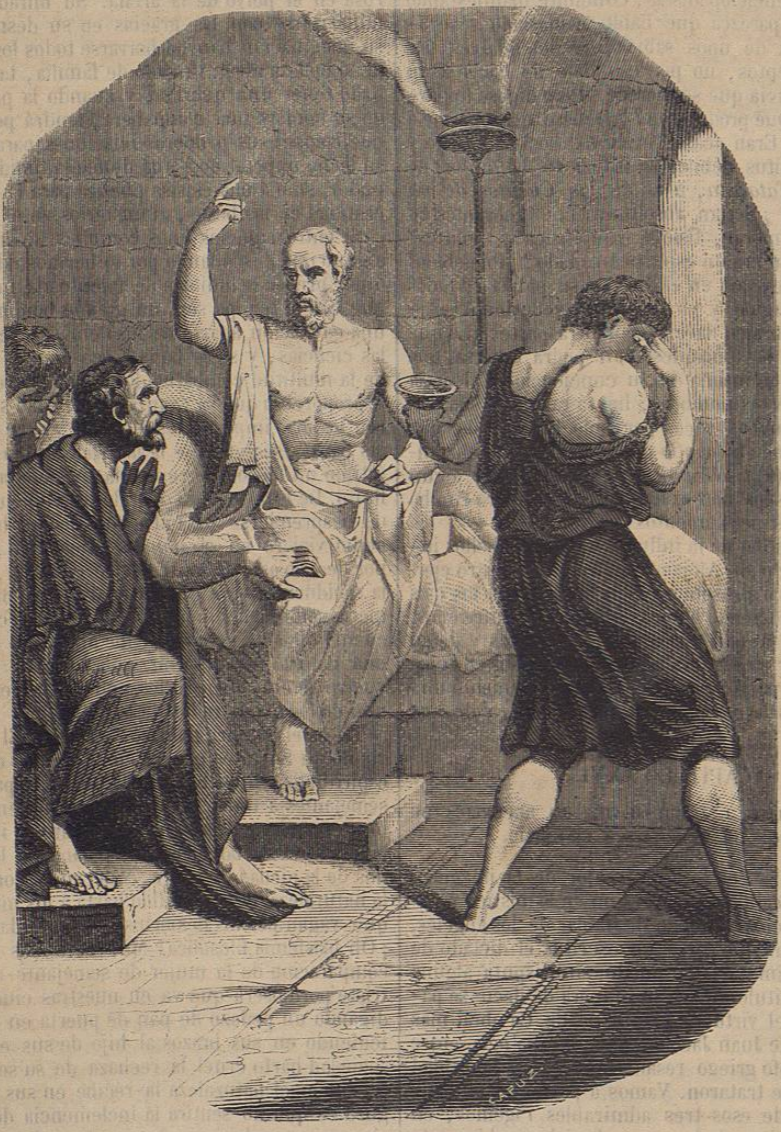
El arzobispo de Cambrai comprendió mejor que el

(2) *Id. Ibid.*, lib. v, pág. 460.

(3) Algo de esto he dicho en el *Genio del Cristianismo*; pero este pasaje en su totalidad es mejor en esta obra. (N. ED.)

filósofo griego el estado de la sociedad. El joven de quien se vale para desarrollar su sistema moral abandona la patria para ir á buscar á su padre. La sabiduría, que disfrazada bajo el aspecto de Mentor le acompaña, no impide que el primer paso que el joven da en esta peregrinación, sea como el primer paso de la vida, hácia la desgracia. En Sicilia se ve amenazado de la muerte, y habiéndose librado de este peligro pasa á Egipto donde le esperan la esclavitud y la pobreza, pero la religion y las ciencias le

dispensan su proteccion. Hallándose á punto de regresar á su patria, es nuevamente víctima de la desgracia y se ve sepultado en un calabozo. Allí desde lo alto de una torre pasa sus dias contemplando las olas que se estrellan contra una lejana playa, y los hombres agitados por las tempestades. De repente se presenta á su vista un terrible combate; ve rodar la cabeza de un rey despótico, y ser ofrecida en espectáculo al pueblo que momentos antes estaba oprimido por su férreo yugo.



MUERTE DE SÓCRATES.

—Telémaco sale finalmente de Egipto y pasa á Fenicia á dar en manos de la mas execrable tiranía. Abandona esa tierra de esclavitud y llega á la de los placeres. No está el joven lejos de su ruina, mas la Sabiduría se presenta súbitamente á su vista; auxiliado de ella puede huir lejos de aquella isla mortífera, y durante una tranquila navegacion, adquiere divinas nociones acerca del Supremo Ser, y acerca de la virtud, que abren su corazon á las delicias de la virtud.

Allá en el horizonte empiezan á distinguirse cimas de montañas doradas por los primeros crepúsculos de la aurora. Poco á poco la isla de Creta se presenta en toda su magnificencia á la vista de los navegantes. Llanuras cubiertas de mieses, bosques de olivos, risueñas aldeas y cabañas rodeadas de espesos arbolados, toda la isla en fin se presenta como un anfiteatro en el fondo de la brillante y azulada superficie del mar.

¿Qué encanto ha producido tantas delicias en aque-

lla isla? Un buen gobierno. Allí en presencia de un pueblo dichoso se instruye el joven viajero en el secreto de las leyes y de la política: allí aprende que el gobernado no debe acomodarse al gobernante, sino este á aquel. Telémaco, cuya sabiduría ha ido cada dia tomando nuevo incremento, no acepta por amor á su patria la corona con que los Cretenses le brindaban, y despues de haberla hecho pasar á manos de un filósofo, vuelve á proseguir su navegacion. Venus, irritada del desprecio con que el joven mira su culto, le espera con el Amor en la isla de Calipso.

Aquí no siente aquella voluptuosidad grosera que dominaba su cuerpo en Chipre. Sus sensaciones participan de una naturaleza celestial, y subyugan á la vez á su alma y á sus sentidos. No se trata ya de aquellas bellezas atrevidas, cuyas fáciles gracias nada dejón por adivinar al deseo, sino de las trenzas flotantes de Eucaris que velan encantos no conocidos; es

la modestia, es el pudor de la virgen enamorada, no se atreve á confesarlo; pero lo exhala en su rededor como un perfume.

Por otra parte una pasion devoradora consume á la infeliz Calipso. Los celos, mas devoradores aun, jaspéan sus ojos con manchas lividas. Sus mejillas se hundén y ruge como una leona. Telémaco espantado no halla por de pronto seguridad sino al lado de Eucaris, á quien la diosa está á punto de despedazar, en tanto que el niño Cupido, en medio de aquella turba de ninfas, celebra, riendo, los males que ha causado.

No hay remedio; el joven sucumbe, va á perecer: preséntase á sus ojos la Sabiduría, y le va arrastrando hácia la ribera del mar. Telémaco insensible á la virtud no ve nada mas que Eucaris; quisiera besar la huella de sus pasos, y pide que por lo menos se le permita despedirse de ella. De repente se ven brill



TELÉMACO PASA SUS DIAS CONTEMPLANDO LAS OLAS DESDE LO ALTO DE UNA TORRE.

llamas en la marina; el Amor ha pegado fuego al buque que Minerva habia construido. Una secreta alegría penetra en el corazon del hijo de Ulises; la Sabiduría, al ver que el joven va á recaer en un acceso de debilidad, se aprovecha de la oportunidad del momento, y empujando á su discipulo desde una elevada roca, se precipita con él en las olas.

Telémaco consigue llegar nadando á un buque que estaba estacionado á la vista de la isla, y en él encuentra á un antiguo amigo que le refiere la muerte de un tirano, y le pinta la felicidad de un pueblo que vive segun los preceptos de la naturaleza. Creyendo el joven, entretenido en esas sabrosas pláticas, haber llegado ya á su patria, aborda á unas playas extranjeras. Torres á medio levantar, columnas rodeadas de andamios, y templos aun no cubiertos anuncian una ciudad que se está edificando. En ella reina Idomeneo, expulsado de Creta por sus vasallos.

Allí recibe Telémaco las últimas lecciones de su educacion. Preséntasele á la vista la pintura de los

palacios, de los príncipes y de los vicios que dominan en las córtes: el discipulo de Minerva tiene ocasion de ver el cuadro que ofrece el hombre virtuoso deserrado; el perverso ocupando altos puestos, la ambicion, preocupaciones y desarreglados deseos de los reyes, las guerras injustas, los sistemas viciosos de legislacion, y finalmente no solo las arbitrariedades de la tiranía, sino ese mal estar general que domina en los gobiernos corrompidos. Despues de haber descendido al infierno, y haber visto los tormentos reservados á los déspotas, y las recompensas concedidas á los buenos monarcas; despues de haberse endurecido en las fatigas de la guerra, y haber sentido en su alma un casto ardor hácia una joven con quien se une en indisoluble vínculo, Telémaco regresa á su patria instruido por la sabiduría y la adversidad, siendo ya tan apto para mandar, como para obedecer, pues ha aprendido á dominar sus pasiones.

El defecto de esa inmortal obra consiste en la sublimidad de sus lecciones, á cuya altura no es dado

á todos los hombres llegar. Peca también por algunos pasajes demasiado difusos, particularmente en los últimos libros. Pero los que aman la virtud y son al mismo tiempo apasionados á lo bello antiguo, no deben nunca dormirse sin haber leído el libro segundo del *Telemaco*. Considerable fue la influencia de esta obra de Fenelon: en ella se encierran todos los principios del día: toda la obra respira libertad, y puede decirse que hasta pronostica la revolución. Téngase presente la época en que se publicó, y se comprenderá que fue uno de los primeros escritos que contribuyeron á cambiar el curso de las ideas nacionales en Francia. (a)

«Todo está bien al salir de manos del Autor de las cosas, todo degenera entre las manos del hombre.» Así es como principia el *Emilio*, y esa sola frase explica todo el sentido de la obra. Juan Jacobo, así como Platon, se apodera del hombre desde que viene al mundo, y lo encomienda al seno materno. Quiere que así que el párvulo abre sus ojos, empiece á estar sometido á la necesidad, única ley de la vida; si llora, no se trata de apaciguarlo; si pide un objeto, se le da. La alabanza, la reprensión, el miedo y el valor son los resortes del alma, de la cual ignora hasta el nombre. No se habla de Dios al discípulo de Juan Jacobo, porque para comprenderlo se necesita que la razón esté en todo su vigor. Emilio no sabe leer ni escribir; pero comprende su debilidad, y todos los días en medio de sus diversiones se promueve á propósito algún incidente que le haga desear instruirse en las matemáticas, en la literatura y en los demás ramos del saber. El mismo método se sigue por lo tocante á las ideas morales y civiles. Se ha procurado no enseñarle lo que se llama justicia ó propiedad, pero se le ha proporcionado ocasión de que por medio de un jugador de manos, un jardinero ó cualquiera otro objeto análogo se haya ido desarrollando gradualmente en su imaginación el sistema de las cosas relativas.

Emilio no acertaría á permanecer en un sitio en que se fastidia, ni á velar cuando quiere dormir. Si tiene hambre, come; si no puede satisfacer sus necesidades ó sus deseos, no murmura. ¿No sabe ya lo que es la necesidad?

Es valeroso, pero no porque sea preciso serlo, sino porque no conoce el peligro. Ignora lo que es la muerte. Ha visto morir, y le ha parecido ser una cosa buena porque es natural, y sobre todo porque es una necesidad.

Sin embargo, Emilio ha aprendido á hacer una pregunta. Cuando le mandan hacer alguna cosa, cuyos resultados son desconocidos para él, trata de informarse. ¿Qué conseguirá con aquello? Muchas veces no se le contesta, y el niño por casualidad encuentra en sí mismo, mas ó menos tarde, la solución de lo que deseaba saber.

Mas ya va entrando en la edad de las pasiones, empieza á sentirse el rugido de la tempestad. El discípulo de Juan Jacobo ha aprendido jugando, no solo los principios de las ciencias abstractas, sino hasta los de las artes mecánicas, como por ejemplo los de la carpintería, pues aunque Emilio sea rico, no quiere verse expuesto á las revoluciones de los Estados. Estais confiados, dice Juan Jacobo, en el orden actual de la sociedad, sin tener presente que ese orden está sujeto á revoluciones inevitables, y que no podeis ni prever ni evitar los resultados de la parte que de ese trastorno social puede caber á vuestros hijos. El poderoso se hace pequeño, el rico miserable, el monarca se convierte tal vez en vasallo. ¿Tan poco frecuentes son los cambios de fortuna, que os podais imaginar estar libres de ellos? Nos vamos acercando al estado de cri-

(a) En vista de estas páginas me parece que ya había aprendido á escribir.

sis y al siglo de las revoluciones. Juzgo como imposible que las grandes monarquías de Europa puedan durar mucho tiempo; todas han tenido ya su época de esplendor, y todo Estado que brilla, está próximo á la época de su decadencia. Otras razones mas especiales aun que esta máxima me hacen opinar de este modo; mas no es este lugar á propósito para decir las, ni creo que haya nadie que deje de verlas con demasiada claridad (b) (1).

(b) Nada tengo que retractar acerca de los elogios que en este pasaje doy á Rousseau tanto en el *texto*, como en la *nota*. Por lo tocante á mi juicio general de sus obras puede el lector atenerse á lo que he dicho en otra nota anterior. (N. ED.)

(1) Tom. xi, pág. 83, edic. de Londres, 1781. Ese es el famoso pasaje del *Emilio* en el cual ocurren varias cosas dignas de observación. La primera es la claridad con que Juan Jacobo anunció la revolución. La segunda es relativa á la célebre idea de hacer aprender un oficio á los niños. ¿Cuánto se burlaron de ella al publicarse el *Emilio*! ¿Cómo ridiculizaron al autor! excuso preguntar si ahora nos parecería tan descabellada esa máxima. Hay muchos caballeros franceses en este momento que se considerarían como muy dichosos de saber el oficio de Emilio. Si pudieran ejercerlo recibirían diariamente su medio duro, ó seis reales, y serían ciudadanos útiles del país á donde les hubiera arrojado la suerte.

La tercera observación es todavía mas importante y depende de la misma naturaleza del pasaje. Es evidente que J. J. no solo previó la revolución, sino hasta los horrores que la acompañarían. Manifiesta que Emilio tiene el designio de emigrar. ¿Cómo el republicano J. J. habría podido tener tal pensamiento sino hubiese entrevisto qué clase de gente era la que había de hacer la revolución, y si en vista de las costumbres del pueblo no hubiese comprendido que no era realizable una revolución basada en los generosos principios de la virtud? Sin duda que el sensible filósofo en cuyo concepto la revolución que costaba la vida de un solo hombre no debía llamarse buena, no habría celebrado la revolución francesa. He presenciado una discusión muy interesante sobre Voltaire y Rousseau en una reunión de literatos que los habían conocido, y los reputaban por otra parte como decididos partidarios de la revolución. Examinábase cuál habría sido probablemente la conducta del poeta y del filósofo en el caso de haber vivido hasta el desarrollo de la revolución. Todos los concurrentes opinaron que Voltaire y Rousseau hubieran sido aristócratas. El primero nunca hubiera podido olvidar su condición de gentil-hombre del rey, ni perdonar el apoteosis de J. J. y este por su parte lleno de horror por la sangre derramada habría sido por esta razón uno de los mas decididos anti-revolucionarios. Esta observación es muy exacta y pinta fielmente el carácter de aquellos dos hombres. Mas ¿cuál no sería la fuerza de talento de Rousseau para predecir la revolución y sus crímenes? y ¡qué increíble circunstancia contribuyó á que sus escritos aceleraran su fatal desarrollo!

Es de presumir que Rousseau llegó á prever otras muchas catástrofes. Me parece que si fuera lícito explicarme podría decir alguna cosa interesante sobre el particular. Si en Inglaterra llega á ocurrir una revolución será totalmente distinta de la francesa, porque atendiendo á razones, cuyo detalle sería demasiado largo, es de esperar que los partidos vendrían á parar en una guerra civil y no en una matanza sorda como en mi patria. Si la Inglaterra se libra de la suerte que le amenaza, tampoco será por demasiada prudencia ni justicia en el gobierno. Por lo demás la idea de J. J. acerca de que su discípulo aprendiera un oficio no es mas que

* Así debía ser porque en Inglaterra existía una aristocracia llena de poder, en tanto que en Francia había esta clase perdido enteramente su prestigio. No solo se salvara la alta nobleza de Inglaterra mediante la justicia y la prudencia que les recomiendo, sino mejor aun poniéndose al frente de los siglos, y dando dirección como siempre lo han hecho á las sucesivas ideas. Así es que no habiendo nunca esas clases quedado atrás de las inferiores, conservan todos sus derechos y su natural superioridad. También es preciso advertir que en Inglaterra no hay, excepto en las grandes ciudades, pueblo que se pueda llamar tal, pues todo está reducido á clientes y patronos como en la antigua Roma. Esto es causa de que casi sea imposible una revolución popular. Cuando los proletarios ó jornaleros se sublevaran, los propietarios toman las armas: algunos de los revoltosos pierden la vida y todo vuelve á su curso normal. (N. ED.)

Por fin Emilio llega á la edad de la razón, en la que va á revelársele la existencia de Dios. Un filósofo sensible sube una mañana á la cumbre de una alta colina, á cuyo pié pasa el Po. en tanto que el sol naciente proyecta la sombra de los árboles en el valle. Despues de algunos instantes de meditación y recogimiento, inspirados por aquel magnífico espectáculo, y por la idea que despierta acerca de la Divinidad, demuestra el vicario saboyano la existencia del gran Ser no con silogismos metafóricos, sino valiéndose de las sensaciones que abundan en su corazón. Un dios justo, benéfico y lleno de amor á los hombres, es el único Dios que reconoce Emilio. Confiesa que en los evangelios se encuentra una moral tierna y sublime, pero no ve en ellos mas que la mano del hombre. (a)

También el amor ejerce sus derechos en el corazón del discípulo de Juan Jacobo; pero ha de ser inspirado por una mujer tal, cual su imaginación enamorada de la virtud se complace en pintar. Al fin la encuentra en un retirado asilo. La modestia, la gracia y la hermosura brillan en la frente de Sofía. Emilio arde por ella, pero no puede alcanzarla. Su amigo le arranca de la embriaguez para hacerle recorrer la Europa. La pasión del joven enamorado resiste al tiempo y á la ausencia; regresa, contrae himeneo con su querida, y es feliz (b).

¿Cómo! ¿Solo á eso se reduce el *Emilio*? A eso solo; pero hay que advertir que Emilio es tan superior á los hombres de su siglo, como los primeros romanos lo fueron respecto de nosotros. ¿Qué digo? Emilio sería el hombre por excelencia, porque es el hombre de la naturaleza. Su corazón no conocería preocupaciones. Libre, valeroso, benéfico, teniendo todas las virtudes sin haberse gastado en esfuerzos para conseguirlas, no tiene mas defecto que el de hallarse aislado en el mundo, el tener que vivir como un gigante en nuestras mezquinas sociedades.

Tal es la famosa obra que precipitó los pasos de la revolución francesa. Su principal defecto consiste en haber sido escrita no mas que para un reducido número de lectores. Alguna vez he visto el *Emilio* en manos de ciertas mujeres, y me ha causado risa el ver que buscaban en esa obra reglas para la educación de sus hijos. Ese libro no es un libro práctico: sería imposible educar á un joven bajo un sistema que exige el concurso de otras personas adornadas de virtudes cual no es posible encontrar; pero á los ojos de la sabiduría, ese escrito de Rousseau es como un tesoro. Tal vez no habrá en el mundo mas que cinco obras dignas de ser leídas, y el *Emilio* es una de ellas (c).

Incurriría por mi parte en una omisión imperdonable, si concluyera este capítulo sin hablar de la influencia que el *Emilio* ha ejercido en el siglo actual. Me atrevo á asegurar, que causó una revolución completa en la Europa moderna, y que constituye época en la historia de los pueblos. Desde que salió á luz esta obra, se alteró completamente el sistema de educación en Francia, y sabido es, que alterar la educación, es alterar la índole de los hombres. ¿Cuál debió ser el asombro de las naciones cuando Rousseau saliendo del oscuro círculo de las opiniones comunes

lo que contestaba Nerón á los que criticaban el ardor con que se dedicaba á la música, en cuyo caso solía repetir la célebre frase griega: «Un artista vive en todas partes» Es singular por cierto que el pensamiento de un filósofo haya sido en este particular formulado por las palabras de un tirano.

(a) Esto es lo que yo en mi juicio general califico con el nombre de Sermón sociniano. (N. ED.)

(b) Rousseau ha prodigado menos gracias á la esposa en el retrato de Sofía, que á la querida en la semblanza de Julia la índole de su talento se acomodaba mas al ardor de un enlace ilegítimo que á la castidad del vínculo nupcial. (N. ED.)

(c) Eso es risible por lo muy exagerado. Vuelvo otra vez á remitir al lector á mis notas anteriores.

vió mas allá de ese término la luz de la verdad; cuando derribando el edificio de nuestras ideas sociales demostró que nuestros principios y hasta nuestros sentimientos dependían de costumbres convencionales contraidas en el seno de nuestras madres, y que por consiguiente ni nuestros mejores libros, ni nuestras mejores instituciones no habían puesto de relieve la criatura de Dios, y que vivíamos como en una especie de mundo imaginario! Grande, vuelvo á repetirlo, debió ser el asombro cuando aquel filósofo lanzó en medio de sus degenerados ciudadanos el hombre virgen de la naturaleza (d).

No me es posible hacer esas reflexiones sin experimentar una sensación de dolor. La profesión de fe del *Vicario Saboyano*, y los principios morales y políticos de esta obra, son el ariete que ha derribado el edificio de los gobiernos actuales de Europa, y particularmente el de Francia (e), del cual no existen ya mas que ruinas. De esto se deduce, que la verdad no es provechosa á los hombres malos; que debe permanecer sepultada en el seno del sabio, como la esperanza en el fondo de la caja de Pandora. Si yo hubiera vivido en tiempo de J. J., habría tenido un placer en ser discípulo suyo; pero hubiera aconsejado á mi maestro que guardara el secreto. En el fondo del sistema de misterios adoptado por Pitágoras y los antiguos sacerdotes del Oriente, hay mas filosofía que lo que vulgarmente se piensa.

CAPITULO XXVII.

COSTUMBRES COMPARADAS DE LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS Y DE LOS MODERNOS.

Si por sus opiniones han ejercido los filósofos antiguos y modernos una misma influencia sobre su siglo, no puede sin embargo decirse que sus pasiones ni sus costumbres han sido idénticas.

Nadie habrá que no haya oído hablar del tonel de Diógenes. Menedo de Lampsaco se presentaba en público con una túnica negra, y un sombrero de corteza de árbol, en el cual se veían grabados los doce signos del zodiaco: su larga barba bajaba hasta la cintura, y al mover sus piés calzados con el coturno trágico, se apoyaba en un garrote de fresno. Pretendía ser un espíritu evocado del infierno para predicar sabiduría á los hombres (1).

Habiendo caído Anaxarco, maestro de Pirron en un barranco, se negó terminantemente su discípulo á sacarlo, diciendo que toda cosa era indiferente en sí misma, y que lo mismo era vivir en un hoyo que en la superficie de la tierra (2).

Cuando Zenon andaba por la calle, sus amigos tenían que acompañarle, temerosos de que no se tomara la pena de evitar el choque de algun carruaje, ó de alguna caballería, pues en concepto de aquel filósofo no se debía dar un paso para evitar la fatalidad (3).

Demócrito se encerraba en las tumbas para dedi-

(d) No es un hombre virgen lo que J. J. lanzó en medio de sus conciudadanos, sino un hombre imaginario fuera de relación con todo lo que existía. Su *Emilio* no es mas que el sueño de un sistema, la herchura de un sofista, el ente ficticio que nada tuvo de realidad sino la hoz con que se presentó armado.

(e) En este pasaje no he podido menos de hacer justicia á los hecnos; pero es tal mi afecto á Rousseau que me cuesta trabajo considerarlo como culpable, siéndome mas grato decir que han abusado de sus principios que me obstino en considerar como buenos, aun cuando me veo obligado á confesar el daño que han causado; preferiría condenar á todo el género humano antes que á Rousseau. ¡Qué fatuidad! (N. ED.)

(1) SUID.; ATHEN., lib. IV, pág. 162.

(2) LAERT., lib. in Pyrrhon.

(3) Id., lib. VII.